

rar camino; mas siempre paraba el bergantín do él hacia su rancho. Como en tanta tierra no hallase comida ni riqueza ninguna de aquellas del Cuzco, Collado, Jauja y Pachacama, renegaban los suyos. Preguntó si había el río abajo algún pueblo abastado, donde reposar y comer pudiesen. Dijéronle que á diez soles había una buena tierra, y dieron por señal que se juntaba en ella otro gran río con aquel. Con esto envió á Orellana que le trajese comida de allí, ó le esperase á la junta de los ríos; mas ni volvió ni esperó, sino fué, como en otra parte se dijo, el río abajo, y él caminó sin parar y con gran trabajo, hambre y peligro de ahogarse en ríos que topó. Cuando llegó al puesto, y no halló el bergantín en que llevaba su esperanza y hacienda, cuidaron él y todos perder el seso, ca no tenían piés ni salud para ir adelante, y temian el camino y montañas pasadas, donde habían muerto cincuenta españoles y muchos indios. Dieron finalmente la vuelta para Quito, tomando á la ventura otro camino; el cual, aunque bellaco, no fué tan malo como el que llevaron. Tardaron en ir y volver año y medio. Caminaron cuatrocientas leguas. Tuvieron gran trabajo con las continuas lluvias. No hallaron sal en las mas tierras que anduvieron. No volvieron cien españoles, de docientos y mas que fueron. No volvió indio ninguno de cuantos llevaron, ni caballo, que todos se los comieron, y aun estuvieron por comerse los españoles que se morian, ca se usa en aquel río. Cuando llegaron donde había españoles, besaban la tierra. Entraron en Quito desnudos y llagadas las espaldas y piés, porque vieses cuáles venian; aunque los mas traian cueras, caperuzas y abarcas de venado. Venian tan flacos y desfigurados, que no se conocian; y tan estragados los estómagos del poco comer, que les hacia mal lo mucho y aun lo razonable.

La muerte de Francisco Pizarro.

Vuelto que fué Francisco Pizarro á los reyes, procuró hacer su amigo á don Diego de Almagro; mas él no queria, ni aun mostró serlo; porque de suyo y por consejo de Juan de Rada, á quien el padre le recomendará cuando murió, estaba puesto en tomar venganza dél, matándole. Pizarro le quitó los indios, porque no tuviese qué dar de comer á los de Chile que se llegaban, pensando necesitarlo por allí á que viniese á su casa, y estorbar la junta y monipodio que contra él podian hacer. El y ellos se indignaron mucho mas por esto, y traian, aunque á escondidas, cuantas armas podian á casa de don Diego. Avisaron dello á Pizarro; mas él no hizo caso, diciendo que harta mala ventura tenia sin buscar mas. Ataron una noche tres sogas de la picota; y pusieronlas, una en derecho de casa de Pizarro, otra del teniente y doctor Juan Velazquez, y otra del secretario Antonio Picado; mas ningun castigo ni pesquisa por ello se hizo, que dió mucha osadía á los almagristas; y así, vinieron de docientos y mas leguas muchos á tratar con don Diego la muerte de Pizarro; que á río vuelto, ganancia de pescadores. No querian matarle, aunque determinados estaban, hasta ver primero respuesta de Diego de Almagro, que, como dije, había ido á España á acusar á los Pizarros; mas apresuraron-

se á ello con la nueva que iba, el licenciado Vaca de Castro, y con que les decian que Pizarro los queria matar; lo cual, si verdad no era, fué malicia de algunos que, deseando la muerte de Pizarro, tiraban la piedra y escondian la mano. Tornaron á decir á Pizarro, como sin duda ninguna le querian matar, que se guardase. El respondió que las cabezas de aquellos guardarían la suya; y que no queria traer guarda, porque no dijese Vaca de Castro que se armaba contra él. Fué Juan de Rada con cuatro compañeros á casa de Pizarro, á descubrir lo que allá pasaba. Preguntóle por qué queria matar á don Diego y á sus criados. Juró Pizarro que tal no queria ni pensaba; mas antes ellos lo querian matar á él, segun muchos le certificaban, y para eso compraban armas. Rada respondió, que no era mucho que comprasen ellos corazas, pues él compraba lanzas. Atrevida y determinada respuesta, y gran desdicho y desprecio del Pizarro, que, oyendo aquello y sabiendo lo otro, no lo prendia. Pidióle Rada licencia para irse don Diego de aquella tierra con sus criados y amigos. Pizarro, que no entendia la disimulacion, cogió unas naranjas, ca se paseaba en el jardín, y dióselas, diciendo que eran de las primeras de aquella tierra, y si tenia necesidad, que la remediaria. Con tanto Rada se despidió, y se fué á contar esta plática á los conjurados, que juntos estaban; los cuales determinaron de matar á Pizarro estando en misa el día de Sant Juan. Uno de los determinados descubrió la conjuración al cura de la iglesia Mayor; el cual habló luego aquella noche á Picado y al mesmo Pizarro, dándole noticia de la traicion. Pizarro, que cenando estaba con sus hijos, se demudó algo; mas de ahí á un poco dijo que no lo creia, porque no había mucho que Juan de Rada le habló, y que el descubridor decia aquello por echarle cargo. Envió con todo por Juan Velazquez, su teniente; y como no vino, por estar en la cama malo, fué luego allá con solo Antonio Picado y unos pajes con hachas, y dijo al doctor que remediase aquel monipodio. El respondió que podia estar seguro, teniendo él la vara en la mano. De Picado me maravillo, que no avivó la tibieza del Gobernador, ni del teniente en remediar tan notorio peligro. Pizarro descuidó con su teniente, y no fué á la iglesia, siendo día de Sant Juan, por los conjurados, que propuesto tenían de matarlo en misa; mas oyóla en casa. El teniente, Francisco de Chaves y otros caballeros se fueron, saliendo de misa mayor, á comer con Pizarro, y cada vecino á su casa. Viendo los conjurados que Pizarro no salió á misa, entendieron cómo eran descubiertos, y aun perdidos, si no hacian presto. Eran muchos los de Chile, que favorecian á don Diego, y pocos los escogidos y ofrecidos al hecho; ca no querian mostrarse hasta ver cómo salia el trato que traía Juan de Rada. Él, que mañoso era y esforzado, tomó luego once compañeros muy bien armados, que fueron Martin de Bilbao, Diego Mendez, Cristóbal de Sosa, Martin Carrillo, Arbolancha, Hinojeros, Narvaez, San Millan, Porras, Velazquez, Francisco Nuñez; y como todos estaban comiendo, fué adonde Pizarro comia, las espaldas sacadas, y voceando por medio de la plaza: «Muera el tirano, muera el traidor, que ha hecho matar á Vaca de Castro.» Esto decian por indignat-

la gente. Pizarro, sintiendo las voces y ruido, conoció lo que era, cerró la puerta de la sala. Dijo á Francisco de Chaves que la guardase con hasta veinte hombres que dentro había, y entróse á armar. Rada dejó un compañero á la puerta de la calle, que dijese cómo ya era muerto Pizarro, para que acudiesen á lo favorecieran todos los de Chile, que serian docientos, y subió con los otros diez. Chaves abrió la puerta, pensando detenerlos y amansarlos con su autoridad y palabras. Ellos, por entrar antes que cerrasen, diéronle una estocada por respuesta. El echó mano á la espada, diciendo: «¿Cómo, señores! ¿y á los amigos también?» Y diéronle luego una cuchillada, que le llevó la cabeza á cercen, y rodó el cuerpo las escaleras abajo. Como esto vieron los que dentro estaban, descolgáronse por las ventanas á la huerta, y el doctor Velazquez el primero, con la vara en la boca, porque no le embarazase las manos. Solamente quedaron, y pelearon en la sala siete; los dos quedaron heridos y los cinco muertos, Francisco Martin de Alcántara, medio hermano de Pizarro; Vargas y Escandon, pajes de Pizarro; un negro, y otro español criado de Chaves. Defendieron la puerta de la cámara do se armaba Pizarro, una pieza. Cayeron los pajes muertos. Salió Pizarro bien armado, y como no vió mas de á Francisco Martin, dijo: «¡A ellos, hermano; que nosotros bastamos para estos traidores!» Cayó luego Francisco Martin, y quedó solo Francisco Pizarro, esgrimiendo la espada tan diestro, que ninguno se acercaba, por valiente que fuese. Rempujo Rada á Narvaez, en que se ocupase. Embarazado Pizarro en matar aquel, cargaron todos en él, y retrujéronlo á la cámara, donde cayó de una estocada que por la garganta le dieron. Murió pidiendo confesion, y haciendo la cruz, sin que nadie dijese «Dios te perdone», á 24 de junio, año de 1541. Era hijo bastardo de Gonzalo Pizarro, capitán en Navarra. Nació en Trujillo, y echáronlo á la puerta de la iglesia. Mamó una puerca ciertos días, no se hallando quien le quisiese dar leche. Reconociólo después el padre, y traíalo á guardar los puercos, y así no supo leer. Dióles un día mosca á sus puercos, y perdiólos. No osó tornar á casa de miedo, y fué á Sevilla con unos caminantes, y de allí á las Indias. Estuvo en Santo Domingo, pasó á Uraba con Alonso de Hojeda, y con Vasco Nuñez de Balboa á descubrir la mar del Sur, y con Pedrarias á Panamá. Descubrió y conquistó lo que llaman el Perú, á costa de la compañía que tuvieron él y Diego de Almagro y Hernando Luque. Halló y tuvo mas oro y plata que otro ningun español de cuantos han pasado á Indias, ni que ninguno de cuantos capitanes han sido por el mundo. No era franco ni escaso; no pregonaba lo que daba. Procuraba mucho por la hacienda del Rey. Jugaba largo con todos, sin hacer diferencia entre buenos y ruines. No vestia ricamente, aunque muchas veces se ponía una ropa de martas que Fernando Cortés le envió. Holgaba de traer los zapatos blancos y el sombrero, porque así lo traía el Gran Capitan. No sabia mandar fuera de la guerra, y en ella trataba bien los soldados. Fué grosero, robusto, animoso, valiente y honrado; mas negligente en su salud y vida.

Lo que hizo don Diego de Almagro después de muerto Pizarro.

Al ruido que mataban al gobernador Pizarro acudieron sus amigos, y á las voces que ya era muerto venian los de Almagro; y así, hubo muchas cuchilladas y muertes entre pizarristas y almagristas; mas cesaron presto, porque los matadores hicieron que don Diego cabalgase luego por la ciudad, diciendo que no había otro gobernador ni aun rey sino él en el Perú. Saquearon la casa de Pizarro, que rica estaba, y la de Antonio Picado y otros muchos y ricos hombres. Tomaron las armas y caballos á cuantos vecinos no querian decir «Viva don Diego de Almagro», aunque pocos osaron contradecir al vencedor. Hicieron también que los del regimiento y oficiales del Rey recibiesen y jurasen por gobernador al don Diego hasta mandar otra cosa el Emperador. Todo lo pudieron hacer á su salvo, por estar Fernando Pizarro en España, y Gonzalo en lo de la canela; que si entrambos ó el uno estuviera allí, quizá no le mataban. Estaba en tanto por enterrar el cuerpo de Francisco Pizarro, y había muchos llantos de mujeres allí en los Reyes, por los maridos que tenían muertos y heridos; y no osaban tocar á Francisco Pizarro sin voluntad de don Diego y de los que lo mataban. Juan de Baraban y su mujer hicieron á sus negros llevar los cuerpos de Francisco Pizarro y de Francisco Martin á la iglesia; y con licencia de don Diego los sepultaron, gastando de suyo la cera y ofrenda, y aun escondieron los hijos, porque no los matasen aquellos, que andaban encarnizados. Don Diego quitó y puso las varas de justicia como leplugo, echó preso al doctor Velazquez y Antonio Picado, Diego de Agüero, Guillen Juarez, licenciado Carabajal, Barrios, Herrera y otros. Hizo su capitán general á Juan de Rada, y dió cargos y capitanías á García de Albarado, á Juan Tello, á otro Francisco de Chaves y á otros, en el ejército que juntó, de ochocientos españoles. Tomó los bienes de los defuntos y ausentes, y los quintos del Rey, que fueron muchos, para dar á los soldados y capitanes. Hubo entrellos passion sobre mandar, y quisieron matar á Juan de Rada, que lo mandaba todo. Y por eso, hizo don Diego dar un garrote á Francisco de Chaves y castigó á muchos otros, y aun degolló á Antonio de Origüela, recién llegado de España, porque dijo en Trujillo que todos aquellos eran tiranos. Escribió don Diego á todos los pueblos que lo admitiesen por gobernador, y muchos dellos lo admitieron por amor de su padre, y algunos por miedo. Alonso de Albarado, que con cien españoles estaba en los Chachapoyas, prendió los mensajeros que tales nuevas y recado llevaban. Don Diego despachó luego que lo supo á García de Albarado por mar á Trujillo y á Sant Miguel para tomar las armas y caballos á los vecinos que favorecian á Alonso de Albarado, con las cuales fuese sobre él. García de Albarado tomó en Piura mucha plata y oro, que los vecinos tenían en Santo Domingo, y lo dió á los soldados, y ahorcó á Montenegro, y prendió á muchos; y en Trujillo quitó el cargo á Diego de Mora, teniente de Pizarro, porque avisaba de todo á Alonso de Albarado, y en Sant Miguel cortó las cabezas á Villegas, á Francisco de Vozmediano y Alonso de Cabrera, mayordomo de Pizarro, que con los españoles de Guanuco huian de don Diego. Diego Men-



dez, que fué á la villa de la Plata con veinte de caballo, tomó en Porco once mil y setenta marcos de plata cendrada, y puso en cabeza de don Diego las minas y haciendas de Francisco, Fernando y Gonzalo Pizarro, que riquísimas eran, y las de Peranzures, Diego de Rojas y otros.

Lo que hicieron en el Cuzco contra don Diego.

Diego de Silva, de Ciudad-Rodrigo, y Francisco de Carabajal, alcaldes del Cuzco, usaron de maña con don Diego, ca le demandaron mas cumplidos poderes que los que había enviado, para le recibir por gobernador, y entre tanto apellidaron gente de la comarca. Gomez de Tordoya supo, andando á caza, la muerte de Pizarro y el pedimiento de don Diego. Torció la cabeza de su halcón, diciendo que mas tiempo era de pelear que de cazar. Entró en la ciudad de noche, habló con el cabildo de secreto, partió antes del día para do estaba Nuño de Castro, y avisaron entrambos de todas estas cosas á Peranzures, que residia en los Charcas, y á Perálvarez Holguin, que andaba conquistando en Choquiapo, y á Diego de Rojas, que estaba en la villa de la Plata, y á los de Arequipa, y otros lugares. Trataban esto secretamente, porque había en el Cuzco muchos almagristas, que procuraban por don Diego, tomando la voz del Rey, y hicieron su capitán y justicia mayor á Perálvarez Holguin, y se obligaron á pagar el dinero del Rey, que tomaban para sustentar la guerra, si el Emperador no lo diese por bien gastado. Perálvarez hizo su maestre de campo á Gomez de Tordoya, capitanes de caballo á Peranzures y á Garcilaso de la Vega, y de infantería á Nuño de Castro y á Martín de Robles, alférez del pendón real. Matriculáronse á la reseña ciento y cincuenta de caballo, noventa arcabuceros y otros docientos y mas peones. Como los que hacian por don Diego vieron esto, ciscábanse de miedo, y saliéronse huyendo mas de cincuenta. Fueron tras ellos Nuño de Castro y Hernando Bachicao con muchos arcabuceros, y trajéronlos presos. Perálvarez, que avisado era del intento de don Diego, salió del Cuzco á recoger los que andaban remontados por miedo, y á juntarse con Alonso de Albarado para ir á los Reyes á dar batalla á don Diego, entendiendo que se le pasarian muchos á su parte, de los que con él estaban. Don Diego, que supo esto, envió por García de Albarado, y en viniendo se partió de los Reyes con cien arcabuceros, ciento y cincuenta piqueros y trecientos de caballo y muchos indios de servicio. Y porque con su ausencia no se alzasen, echó de allí los hijos de Francisco Pizarro. Atormentó reciamente á Picado por saber de los dineros de su amo, y matóle. Llegó á Jauja y paró allí, porque adolescío y murió Juan de Rada, que su deseo y seguro era desbaratar á Perálvarez antes que se juntase con Albarado ni con Vaca de Castro, que ya estaba en el Quito, y escrito á Jerónimo de Aliaga, Francisco de Barrionuevo y fray Tomás de San Martín, provincial dominico. De allí se le fueron el provincial, Gomez de Albarado, Guillen Juarez de Carabajal, Diego de Agüero, Juan de Saavedra y otros muchos; y Perálvarez le tomó ciertas espías, que le informaron de todo. Ahorcó tres dellas, y prometió tres mil castellanos á otra, porque espíase lo

que don Diego hacia, diciendo que quería dar en él por un atajo despoblado y nevado; mas era engaño para los descuidar. Don Diego prendió al hombre en llegando, por sospecha de la tardanza; dióle tormento, confesó la verdad, y ahorcólo por espía doble. Fuése luego á poner en aquella traviesa nevada, y estuvo allí tres días con su campo, sufriendo gran frio. Entre tanto se le pasó Perálvarez y se juntó con Alvarado en Guaraiz, tierra de Guaylas, y escribieron ambos á Vaca de Castro que viniese á tomar el ejército y la tierra por el Emperador. Don Diego siguió diez leguas á Perálvarez, y como no lo podía alcanzar, tiró la via del Cuzco, robando lo que hallaba.

Cómo Vaca de Castro fué al Perú.

Sabidas por el Emperador las revueltas y bandos del Perú y la muerte de Almagro y otros muchos españoles, quiso entender quién tenia la culpa, para castigar los revoltosos; que castigados aquellos, se apaciguarian los demás. Envio allí con bastante poder é instruccion al licenciado Vaca de Castro, natural de Mayorga, que oidor era de Valladolid; y porque fuese le dió el consejo real y el hábito de Santiago y otras mercedes, y todo á intercesion del cardenal fray García de Loaisa, arzobispo de Sevilla y presidente de Indias, que le favoreció mucho por amor del conde de Siruela, su amigo. Fué pues Vaca de Castro al Perú, y con tormenta que tuvo después que salió de Panamá, paró en puerto de Buenaventura, gobernacion de Benalcázar y tierra desesperada, como los manglares de Pizarro. No quiso ó no pudo ir por mar á Lima, y caminó al Quito. Pensó perescer, antes de llegar allá, de hambre, dolencias y otros veinte trabajos. Rescibióle muy bien Pedro de Puelles, que Gonzalo Pizarro aun no era vuelto de la Canela, y avisó de su venida á muchos pueblos. Vaca de Castro descansó en Quito, proveyó algunas cosas y partióse á Trujillo á tomar la gente que tenia Perálvarez y Albarado para resistir á don Diego. Cuando llegó allá llevaba mas de docientos españoles, con Pedro de Puelles, Lorenzo de Aldana, Pedro de Vergara, Gomez de Tordoya, Garcilaso de la Vega y otros principales hombres que acudian al Rey. Presentó sus provisiones al cabildo y ejército, y fué recibido por justicia y gobernador del Perú. Volvió las varas y oficios de regimiento á quien se las entregó, y las banderas y compañías á los mismos capitanes, reservando para sí el estandarte real. Envio á Jauja con el cuerpo del ejército á Perálvarez, maestre de campo. Dejó allí en Trujillo á Diego de Mora por su teniente, y él fuése á los Reyes, donde hizo armas y gente para engrosar el ejército, y para lo pagar tomó prestados cien mil ducados de los vecinos de allí, los cuales se pagaron después de quintos y haciendas reales. Puso por teniente á Francisco de Barrionuevo, de Soria, y por capitán de los navios á Juan Perez de Guevara, mandándoles que si don Diego viniese allí, se embarcasen ellos con todos los de la ciudad, y él partió para Jauja con la gente que había armado y con muchos arcabuces y pólvora. En llegando hizo alarde, y halló seiscientos españoles, de los cuales eran ciento y setenta arcabuceros, y trecientos y cincuenta de caballo. Nombró por capitanes de

caballo á Perálvarez, Alonso de Albarado, Gomez de Albarado, Pedro de Puelles y otros; y á Pedro de Vergara, Nuño de Castro, Juan Velez de Guevara de arcabuceros. Hizo maestre de campo al mesmo Perálvarez Holguin, y alférez mayor á Francisco de Carvajal, por cuya industria y seso se gobernó el ejército. Estando en esto vinieron cartas del Quito cómo era vuelto Gonzalo Pizarro y quería venir á ver á Vaca de Castro, mas él mandó luego que no viniese hasta que se lo escribiese, porque no estorbare los tratos de don Diego, que andaba por concertarse, ó quizá porque le alzasen los del ejército por cabeza y gobernador por respecto de su hermano Francisco Pizarro, cuyo amor y memoria estaban en las entrañas de los mas capitanes y soldados.

Apercebimiento de guerra que hizo don Diego en el Cuzco.

Al tiempo que don Diego llegó al Cuzco andaban revueltos los vecinos, porque fué Cristóbal Sotelo delante con despachos y gente, estando ya dentro Gomez de Rojas, que tenia la posesion por Vaca de Castro; mas estuvieron quedos todos, y él apoderóse de la ciudad y tierra. Hizo luego pólvora y artillería y muchas armas de cobre y plata, y dió cuanto pudo á sus capitanes y soldados. Riñeron en aquel medio tiempo García de Albarado y Cristóbal Sotelo, y el García mató al Cristóbal á estocadas. Intentó matar á don Diego, robar la ciudad, é irse al Chile con sus amigos. Y para lo hacer á su salvo convidólo á comer á su casa. Supo don Diego la traicion, y hizo malo aquel día, y metió en su recámara secretamente á Juan Balsa, Diego Mendez, Alonso de Sayavedra, Juan Tello y otros amigos de Sotelo. García de Albarado tomó ciertos amigos suyos y fué á llamar y traer á don Diego, y no se quiso tornar del camino, aunque Martín Carrillo y Salado le avisaron de la celada. Rogó á don Diego que se fuese á comer, pues era hora y estaba guisado. Dijo él: «Mal dispuesto me siento, señor Albarado; empero vamos.» Levantóse de sobre la cama y tomó la capa. Comenzaron á salir los de Albarado, y uno de don Diego cerró la puerta, dejando dentro y solo al García de Albarado, y matáronlo, y aun dicen que don Diego lo hirió el primero. Alborotóse mucho la gente por su muerte, que tenia grandes amigos; mas luego don Diego la puso en paz, aunque algunos se le fueron á Jauja. Aderezó su ejército, que serian obra de setecientos españoles; los docientos con arcabuces, otros docientos y cincuenta con caballos, y los demás con picas y alabardas, y todos tenían corazas ó cotas, y muchos de caballo arneses. Gente tan bien armada no la tuvo su padre ni Pizarro. Tenia tambien mucha artillería y buena, en que confiaba, y gran copia de indios, con Paulo, á quien su padre hiciera inga. Salió del Cuzco muy triunfante, y no paró hasta Vilcas, que hay cincuenta leguas. Llevó por su general á Juan Balsa, y por maestre de campo á Pedro de Oñate, que Juan de Rada ya se había muerto.

La batalla de Chupas entre Vaca de Castro y don Diego.

Fuó Vaca de Castro de Jauja á Guamanga con todo su ejército, que hay doce leguas, á gran priesa, por entrar allí primero que don Diego, ca le decian cómo venian los enemigos á meterse dentro. Es fuerte Guamanga

por las barrancas que la cercan, é importante para la batalla. Escribió á don Diego con Idiaquez y Diego de Mercado, que le perdonaria cuantas muertes, robos, agravios é insultos había hecho, si entregaba su ejército, y le daría diez mil indios donde los quisiese, y que no procedería contra ninguno de sus amigos y consejeros. Respondió que lo haría si le daba la gobernacion del nuevo reino de Toledo y las minas y repartimientos de indios que su padre tuvo. Andando en demandas y respuestas llegó á Guaraguaci un clérigo, que dijo á don Diego cómo venia de Panamá, y que lo había perdonado el Emperador y hecho gobernador del nuevo Toledo; por tanto, que le diese las albricias. Dijo asimismo que Vaca de Castro tenia pocos españoles, mal armados y descontentos, nuevas que, aunque falsas y no creidas, animaron mucho á sus compañeros. Tomaron tambien los corredores del campo á un Alonso García que iba en hábito de indio con cartas del rey y Vaca de Castro para muchos capitanes y caballeros, en que les prometia grandes repartimientos y otras mercedes. Ahorcólo don Diego por el traje y mensaje, y quejóse mucho de Vaca de Castro, porque tratando con él de conciertos, le sobornaba la gente. Fué gran constancia ó indinacion la del ejército de don Diego, porque ninguno lo desamparó. Escribieron desvergüenzas á los del Rey, y que no fiasen de Vaca de Castro ni del cardenal Loaisa, que lo enviaba, pues no traía provisiones del Emperador; y si las traía, no valian, por ser hechas contra la ley, pues le hacian gobernador si muriese Pizarro. Don Diego, si le dieran un perdon general firmado del Rey, se diera por la renta y gobierno del padre, segun dicen; mas, ó enojado ó confiado, publicó la batalla en presencia de Idiaquez y Mercado. Y prometió á sus soldados las haciendas y mujeres de los contrarios que matasen: palabra de tirano. Movié luego el real y artillería de Vilcas, y fué á ponerse en una loma dos leguas de Guamanga. Vaca de Castro, que supo su determinacion y camino, dejó á Guamanga por ser áspera para los caballos, que tenia muchos mas que don Diego, y púsose en un llano alto, que llamaban Chupas, á 15 de setiembre, año de 1542. Estaban los ejércitos cerquita y los corazones léjos, ca los de don Diego deseaban la batalla, y los otros la temian; y así, decian que Fernando Pizarro estaba preso porque dió la batalla de las Salinas, y que venia él á castigar los demás. Vaca de Castro los animó á la batalla, y porque peleasen condenó á muerte á don Diego de Almagro y á todos los que le seguian. Firmó la sentencia y pregónola; y así, repartió luego á otro día con voluntad de todos, los caballos en seis escuadras. Echó delante á Nuño de Castro con cincuenta arcabuceros que trabase una escaramuza, y él subió un gran recuesto á mucho trabajo, donde asentó su artillería Martín de Valencia el capitán. Y si don Diego les defendiera la subida, los desbaratará, segun iban desordenados y cansados. No había entre los ejércitos mas de una lomilla, y escaramuzaba ligeramente, hablándose unos á otros. Don Diego estaba en aventajado lugar y órden, si no se mudara. Tenia la infantería en medio, y á los lados los de caballo, y delante la artillería en parte rasa y anchurosa para jugar de hito en los enemigos que le acomete-



tiesen. Pusó tambien á su man derecha á Paulo, inga, con muchos honderos y que llevaban dardos y picas. Vaca de Castro hizo un largo razonamiento á los suyos, y se puso en la delantera con la lanza en puño para romper de los primeros, pues así lo queria don Diego. Ellos, respondiendo fiel y animosamente, le rogaron y hicieron que fuese detrás; y así, quedó en la retaguarda con treinta de caballo. Pusó á la mano derecha los medios caballos con Alonso de Albarado y con el pendon real, que llevaba Cristóbal de Barrientos, y los otros á la izquierda con Perálvarez y los otros capitanes, y en medio á los peones. Mandó á Nuño de Castro que anduviese sobresaliente con cincuenta arcabuceros. Era ya muy tarde cuando esto pasaba, y jugaba tan recio la artillería de don Diego, que hacia temer á muchos; y un mancebo, por guardarse della, se puso tras una gran piedra; dió la pelota en ella, saltó un pedazo y matóle. Quisiera Vaca de Castro dejar la batalla para otro dia, con parecer de algunos capitanes; mas Alonso de Albarado y Nuño de Castro porfiaron que la diese, aunque peleasen de noche, diciendo que si la dilatava se resfriarian los soldados y se pasarían á don Diego, pensando que de miedo la dejaba, por ser mas y mejores los enemigos. Tuvieron otro inconveniente para no pelear, y era que no podían ir derechos sin rescebir mucho daño de los tiros. Francisco de Carabajal y Alonso de Albarado guiaron el ejército por un vallejo ó quebrada que hallaron á la parte izquierda, por donde subieron á la loma de don Diego sin rescebir golpe de artillería, que se pasaba por alto; y aun dejaron la suya por la subida y porque un tiro della mató cinco personas de las que la llevaban. Don Diego caminó hácia los enemigos con la orden que tenia, por no mostrar flaqueza, que así fué aconsejado de sus capitanes; empero fué contra la de Pero Suarez, sargento mayor, que sabia de guerra mas que todos. Y dicen por muy cierto que si quedo estuviera, él venciera esta batalla. Mas vino á ponerse á la punta de la loma, y no pudo aprovecharse de su artillería. Comenzaron los indios de Paulo á descargar sus hondas y varas con mucha grita. Fué á ellos Castro con sus arcabuceros, y retrájoslos. Socorrióles Marticote, capitán de arcabuceria, y comenzóse la escaramuza. Comenzaron á subir á lo alto y llano los escuadrones de Vaca de Castro al son de sus atambores. Desparó en ellos la artillería y llevó una hilera entera, y los hizo abrir y aun ciar; mas los capitanes los hicieron cerrar y caminar adelante con las espadas desnudas, y por romper fueran rompidos, si Francisco de Carabajal, que regia las haces, no los detuviera hasta que acabase de tirar la artillería. Mataron en esto los arcabuceros de don Diego á Perálvarez Holguin y derribaron á Gomez de Tordoya, por lo cual y por el daño que los tiros hacían en la infantería, dió voces Pedro de Vergara, que tambien herido estaba, á los de caballo que arremetiesen. Sonó la trompeta, y corrieron para los enemigos. Don Diego salió al encuentro con gran furia. Cayeron muchos de cada parte con los primeros golpes de lanza y muchos mas con los de espada y hacha. Estuvo en peso buen rato la batalla sin declarar victoria por ninguna de las partes, aunque los peones de Vaca de Castro habian ganado la artillería, y los de don

Diego habian muerto muchos contrarios y tenían dos banderas enteras. Anochecía ya, y cada uno queria dormir con victoria; y así, peleaban como leones, y mejor hablando, como españoles; ca el vencido habia de perder la vida, la honra, la hacienda y señorío de la tierra, y el vencedor ganarlo. Vaca de Castro arremetió con sus treinta caballeros al cuerno izquierdo contrario, donde muy enteros y como vencedores estaban los enemigos, y trabóse allí como de nuevo otra pelea; mas al fin venció, aunque le mataron al capitán Jimenez, á Mercado de Medina y otros muchos. Don Diego, viendo los suyos de vencida, se metió en los enemigos, porque le matasen peleando; mas ninguno lo hirió, ó porque no lo conocieron ó porque peleaba animosísimamente. Huyó, en fin, con Diego Mendez, Juan Rodriguez Barragan, Juan de Guzman y otros tres al Cuzco, y llegó allá en cinco dias. Cristóbal de Sosa se nombraba tambien, y Martin de Bilbao, diciendo: «Yo maté á Francisco Pizarro;» y así, los hicieron pedazos combatiendo. Muchos se salvaron por ser de noche, y hartos por tomar á los caidos de Vaca de Castro las banderas coloradas que por señal llevaban. Los indios, que como lobos aguardaban la fin de la batalla, mataron á Juan Balsa, á un comendador de Rodas, su amigo, y muy muchos otros que huyendo iban á otro inga. Murieron trecientos españoles de la parte del Rey, y muchos, aunque no tantos, de la otra; así que fué muy carnícera batalla, y pocos capitanes escaparon vivos: tan bien pelearon. Quedaron heridos mas de cuatrocientos, y aun muchos dellos se helaron aquella noche: tanto frio hizo.

La justicia que hizo Vaca de Castro en don Diego de Almagro y en otros muchos.

Gran parte de la noche gastó Vaca de Castro en hablar y loar sus capitanes y otros caballeros y hombres principales que á él llegaban á darle la norabuena de la victoria; y á la verdad ellos merecian ser loados y él ensalzado. Saquearon el real de don Diego, que mucha plata y oro tenia, no sin muertes de los que lo guardaban. No dejaron las armas, con recelo de los enemigos, ca no sabian por entero cuán de veras habian huido. Pasaron frio y hambres, y aun lástima por las voces y gemidos y quejas que los heridos daban sintiéndose morir de hielo y desnudar de los indios, ca los achocaban tambien algunos con porras que usan, por despojarlos. Corrieron el campo en amaneciendo, curaron los heridos y enterraron los muertos, y aun llevaron á sepultar en Guamanga á Perálvarez Holguin, á Gomez de Tordoya y otros pocos. Arrastraron y descuartizaron el cuerpo de Martin de Bilbao, que mataron en la batalla, segun dije, porque mató á Francisco Pizarro. Otro tanto hicieron por la misma causa Martin Carrillo, Arbolancha, Hinojeros, Velazquez y otros; en lo cual gastaron todo aquel dia, y otro siguiente en ir á Guamanga, donde Vaca de Castro comenzó á castigar los almagristas, que presos y heridos estaban; ca bien mas de ciento y sesenta se recogieron allí, y entregaron las armas á los vecinos, que los prendieron. Cometió la causa al licenciado de la Gama, y en pocos dias se hicieron cuartos los capitanes Juan Tello, Diego de Hoces, Francisco Pecces, Juan Perez, Juan Diente, Marticote, Basilio, Cár-

Visita del consejo de Indias.

denas, Pedro de Oñate, maestro de campo, y otros treinta que por brevedad callo. Vaca de Castro desterró tambien algunos y perdonó los demás. Envió á sus casas casi todos los que con él estaban que tenían repartimiento y cargo. Envió á Pedro de Vergara á poblar los Bracamoros, que habia conquistado, y fué al Cuzco, que lo llaman, porque no les quitasen á don Diego algunos que bien lo querian. Acogióse don Diego con solos cuatro al Cuzco, pensando rehacerse allí. Mas su tiniente Rodrigo de Salazar, de Toledo, y Anton Ruiz de Guevara, alcalde, y otros vecinos, lo echaron preso, como vieron vencido y solo. Vaca de Castro lo degolló en llegando, ahorcó á Juan Rodriguez Barragan y al alférez Enrique y á otros. Diego Mendez Orgoños se soltó y se fué al Inga, que estaba en los Andes, y allá le mazaron después los indios. Con la muerte de don Diego quedó tan llano el Perú como antes que su padre y Pizarro descompadrasen, y pudo muy bien Vaca de Castro regir y mandar los españoles. Loaban muchos el ánimo de don Diego, aunque no la intencion y desvergónza que tuvo contra el Rey; ca siendo tan mozo vengó, á consejo de Juan de Rada, la muerte de su padre, sin querer tomar nada de Pizarro, aunque tuvo necesidad. Supo conservar los amigos y gobernar los pueblos que lo admitieron, aunque usó algun rigor y robos por amor de los soldados. Peleó muy bien y murió cristianamente. Era hijo de india, natural de Panamá, y mas virtuoso que suelen ser mestizos, hijos de indias y españolas, y fué el primero que tomó armas y que peleó contra su rey. Tambien se maravillaban de la constante amistad que los suyos le tuvieron; ca nunca lo dejaron hasta ser vencidos, por mas perdon y mercedes que les daban: tanto puede el amor y bandos una vez tomados. Habia muchos soldados que no tenían hacienda ni qué hacer; y porque no causasen algun bullicio como los pasados, y tambien por conquistar y convertir los indios, envió Vaca de Castro muchos capitanes á diversas partes, como fué á los capitanes Diego de Rojas, Felipe Gutierrez, de Madrid, y Nicolás de Heredia, que llevaron mucha gente. Envió á Monroy en socorro de Valdivia, que tenia gran necesidad en el Chili; y tambien fué á Mullubamba Joan Perez de Guevara, tierra comenzada á conquistar, y rica de minas de oro, y entre los rios Marama y de la Plata, ó por mejor decir, nacen en ella, y crian unos peces del tamaño y hechura de perros, que muerden al hombre. Anda la gente casi desnuda, usan arco, comen carne humana, y dicen que cerca de allí, hácia el norte, hay camellos, gallipavos de Méjico, y ovejas menores que las del Perú, y amazonas de Orellana. Llamó á Gonzalo Pizarro, y dióle licencia que fuese á sus pueblos y repartimiento de los Charcas. Encomendó los indios que vacos estaban, aunque muchos se quejaban por no les alcanzar parte. Hizo muchas ordenanzas en gran utilidad de los indios; los cuales comenzaron á descansar y cultivar la tierra, ca en las guerras civiles pasadas habian sido muy mal tratados, y aun dicen que murieron y mataron millon y medio dellos en ellas, y mas de mil españoles. Residió Vaca de Castro en el Cuzco año medio, y en aquel tiempo se descubrieron riquisimas minas de oro y de plata.

De las revueltas del Perú que contado habemos, resultó visita del consejo de Indias, y nuevas leyes para regir aquellas tierras, causadoras de grandes muertes y males, no por ser muy malas, sino por ser rigorosas, como luego dirémos. Hizo la visita el doctor Juan de Figueroa, oidor del consejo y cámara del Rey. Eran oidores de aquel consejo el doctor Beltran, el licenciado Gutierrez Velazquez, el doctor Juan Bernal de Luco, y el licenciado Juan Suarez de Carabajal, obispo de Lugo; fiscal, el licenciado Villalobos; secretario, Juan de Sámano, y presidente, fray García de Loaisa, cardenal y arzobispo de Sevilla. El Emperador, vista la informacion y testigos, quitó de la audiencia al doctor Beltran y obispo de Lugo. El Obispo perseveró en corte, y desde á cuatro ó cinco años lo hizo el Rey comisario general de la Cruzada. El doctor Beltran se fué á Nuestra Señora de Gracia de Medina del Campo, donde tenia casa, y tambien le perdonó el Emperador, y le mandó dar su hacienda y salario acostumbrado en su casa; mas la cédula destas mercedes llegó con la muerte. Daba gracias á Dios, que lo dejó morir sin negocios, sin juegos ni trapazas. Era agudo y resolutivo; tuvo muchos y grandes salarios siendo abogado; dejólos por el Consejo Real, y removiéronlo dél. Vile llorar sus desventuras, quejándose de sí mesmo porque dejó la abogacia por la audiencia. Fué muy tahur, y jugaban mucho su mujer é hijos, que lo destruyeron. A toda suerte de hombres está mal el juego, y peor á los que tienen negocios, y negocios de rey y reinos. No faltó quien tachase al Cardenal, pensando suceder en la presidencia; mas él era libre, acepto al Emperador y amigo del secretario Francisco de los Cobos, que tenia la masa de los negocios.

Nuevas leyes y ordenanzas para las Indias.

Sabiendo el Emperador las desórdenes del Perú y malos tratamientos que se hacían á los indios, quiso remediarlo todo, como rey justiciero y celoso del servicio de Dios y provecho de los hombres. Mandó al doctor Figueroa tomar sobre juramento los dichos de muchos gobernadores, conquistadores y religiosos que habian estado en Indias, así para saber la calidad de los indios, como el tratamiento que se les hacia, y aun porque le decian algunos frailes que no podia hacer la conquista de aquellas partes. Así que buscó personas de ciencia y de consciencia que ordenasen algunas leyes para gobernar las Indias buena y cristianamente; las cuales fueron el cardenal fray García de Loaisa, Sebastian Ramirez, obispo de Cuenca y presidente de Valladolid, que habia sido presidente en Santo Domingo y en Méjico; don Juan de Zúñiga, ayo del príncipe don Felipe y comendador mayor de Castilla; el secretario Francisco de los Cobos, comendador mayor de Leon; don García Manrique, conde de Osorno y presidente de Ordenes, que habia entendido en negocios de Indias mucho tiempo, en ausencia del Cardenal; el doctor Hernando de Guevara y el doctor Juan de Figueroa, que eran de la cámara, y el licenciado Mercado, oidor del Consejo Real; el doctor Bernal, el licenciado Gutierrez Velazquez, el licenciado Salmeron, el doctor Gregorio Lopez, que oidores eran de las Indias, y el doctor Jacobo